

DESTINO MARBELLA

No solía ser una persona imaginativa, soñadora, ni un ser envuelto en un mundo novelero y fantasioso. Su carácter cartesiano y sus maneras racionales le otorgaban un carisma especulativo a sus pensamientos y contemplativo a sus sentimientos.

Su fisionomía no dejaba reflejar su verdadero ego. De pelo corto, oscuro y ojos claros, aquella silueta emanaba una expresión de familiaridad, cercana para cualquier mortal con familia. Se asemejaba a un tío cariñoso, alto y con una espalda tan ancha que originaba confianza. A simple vista, se le veía como una persona a la que se le podía contar sus quehaceres o secretos más recónditos.

Sin embargo, el personaje interno se revelaba ser el verdadero, el soberano. Sus palabras tan serias y escasas, además de su falta de sentimiento, lo convertían en un desaborido y la empatía que generaba en los demás lo propulsaba al rango de profesor insustancial.

La incoherencia de aquel hombre desorientaba a sus alumnos. Cuando se le descubría por primera vez, su aspecto destellaba rasgos de su pueblo. Elegante, hermoso y distinguido eran los sinónimos que compartía con Marbella. El azul tan penetrante de sus ojos irradiaban el mar y el contorno tan pronunciado de su iris traslucían las costas y el relieve tan atractivos de Marbella. Aquel paisaje erosionó al imponente soberbio pero no logró adentrarse y alcanzar su entendimiento.

Lo que no sabía Ignacio Lares es que Marbella se había confabulado con la Historia para despabilar al adormecido pasivo. Su cuerpo tenía que reverdecer y poder acoger los contrastes de una vida llena de emociones, afectos y sensibilidades. Marbella, con sus diferentes facetas como pueblo, mar, sierra y ciudad cosmopolita, iba a emprender un largo camino para extraer las huellas afectivas abandonadas en lo más profundo de Ignacio.

Ignacio estaba en el Salón de Actos del colegio Bocanegra. Aquella tarde tenía lugar una reunión trimestral con los padres de los alumnos. Estaba sentado en el fondo de la sala junto a los demás profesores de educación secundaria. Estaba absorto por las palabras del director del centro educativo. Absorbía cada palabra para no dejar escapar ningún detalle. Más de una vez un padre le había interrogado sobre algún que otro propósito del director y se había sentido imposibilitado al no poder dar respuesta. Esa vez no aspiraba a volver a sentir aquella infructuosa sorpresa.

A pesar de intentar controlar cada detalle con parsimonia, un hecho indescriptible pero a su vez misterioso acababa de irrumpir en la reunión y descolocararlo. Advertía una mirada fija en su dirección aun estando rodeado por padres observadores. No eran ellos los que posaban sus ojos desafiantes sino una presencia que lo incomodaba, lo desafiaba y hasta llegó a sentir miedo y preocupación. Contuvo como pudo ese agobio las dos horas y media de tertulia.

A las ocho y cuarto, se encaminó hacia su despacho. Ordenó sus pertenencias clasificando los apuntes que había anotado en la reunión. Se levantó del escritorio y con el archivador en la mano izquierda abrió la puerta del armario con la otra. Lo emplazó en la segunda estantería

junto a las observaciones de los años pasados. La falta de espacio le impedía ajustarlo en el lugar predispuesto. Con una fuerza fútil lo engranó pero, al intentar sacar la mano, una energía valiente y forzuda lo tiró hacia delante. Sin percatarse, en pocos segundos el trasfondo del mueble lo arrastró y lo engulló.

Con un solo parpadeo sabía dónde se hallaba. Cada detalle que percibía le permitía averiguar y ubicar sus deducciones. Aquella edificación de dos plantas, con extenso porte majestuoso, amplios ventanales y arcos góticos desprendían su carácter. Estaba en Marbiliya, en la Ciudad Muy Noble y Muy Leal, tal y como los musulmanes la llamaron al entregarles a los Reyes Católicos las llaves de Marbella. Se levantó del suelo sin dejar de pestañear. Se movía confuso por el lugar sin saber por dónde encauzar su camino. Sin pormenorizar en los detalles pero sin descuidar ningún elemento, recorrió la capilla, las pequeñas estancias que hospedaban las celdas de los religiosos hasta llegar al refectorio y a la sala capitular. Aquellas habitaciones estaban vacías de vida. Nadie merodeaba por los pasillos y salas. De repente, en aquel silencio interrumpido, una voz lo llamó.

-Ignacio, acérquese, estoy en el claustro.

Intrigado y sin profesar ningún atisbo de pavor, entró en aquel patio cerrado.

-¿Sabe dónde está?- dijo el hombre con voz serena.

-Sí. Estoy en el Convento de los Trinitarios.

-¿Y sabe el motivo de su visita?

-Creo - contestó Ignacio con voz temblorosa.

Acababa de entender dos realidades. Su mente metódica y racional venía de adentrarse en una época pasada y en un mundo remoto. Y lo consentía sin asombrarse por el escenario ilusorio. Conjuntamente, acababa de averiguar que aquel viaje en el tiempo traía un cometido.

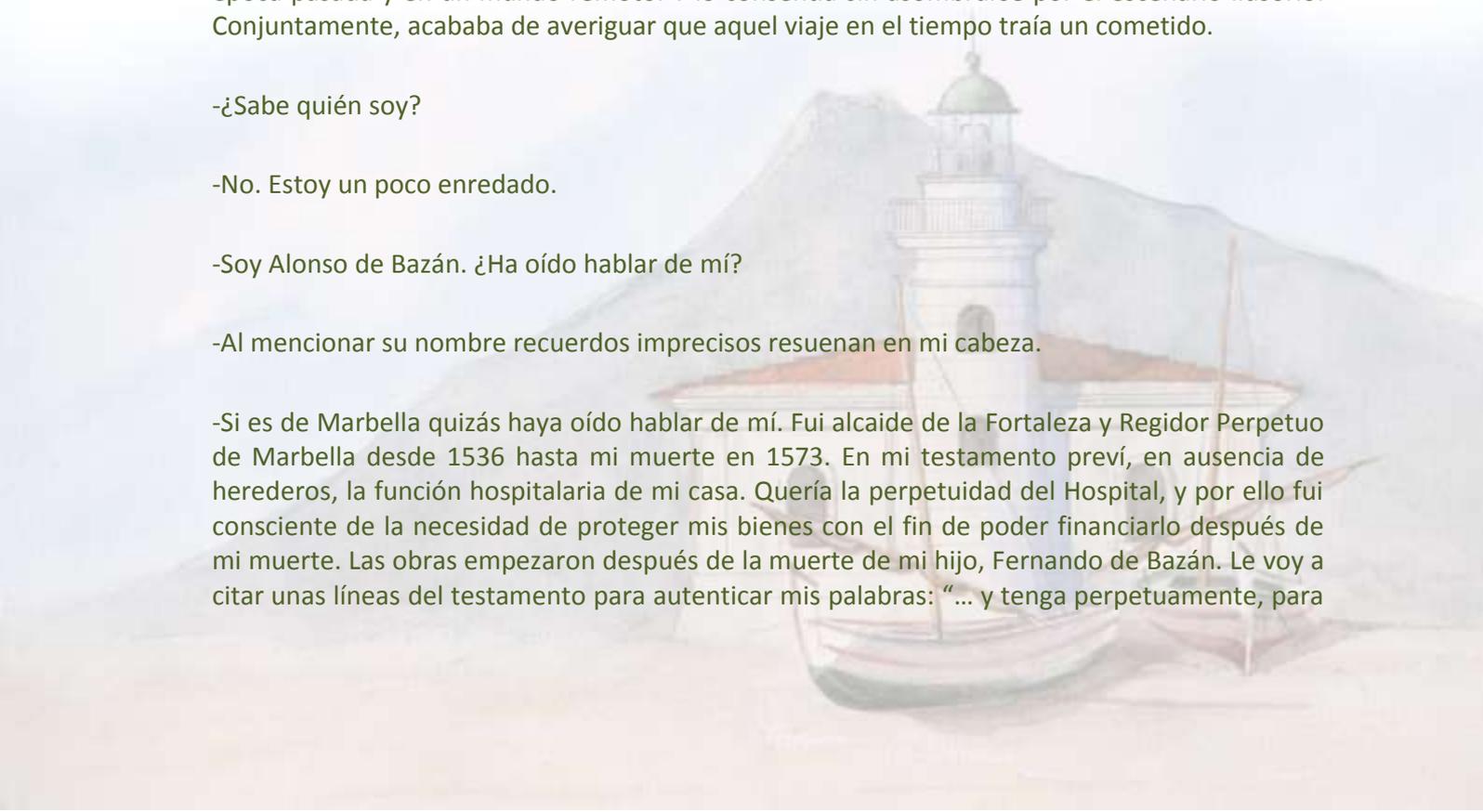
-¿Sabe quién soy?

-No. Estoy un poco enredado.

-Soy Alonso de Bazán. ¿Ha oído hablar de mí?

-Al mencionar su nombre recuerdos imprecisos resuenan en mi cabeza.

-Si es de Marbella quizás haya oído hablar de mí. Fui alcaide de la Fortaleza y Regidor Perpetuo de Marbella desde 1536 hasta mi muerte en 1573. En mi testamento preví, en ausencia de herederos, la función hospitalaria de mi casa. Quería la perpetuidad del Hospital, y por ello fui consciente de la necesidad de proteger mis bienes con el fin de poder financiarlo después de mi muerte. Las obras empezaron después de la muerte de mi hijo, Fernando de Bazán. Le voy a citar unas líneas del testamento para autenticar mis palabras: "... y tenga perpetuamente, para



siempre jamás, todos los dichos bienes juntos y vinculados, con las mismas cláusulas y fuerzas de no perderse enajenar, dividir, ni partir, ni en ninguna manera de su uso contenidas y especificadas”.

-Ahora que me lo recuerda, hojee unos libros en el que manifestaban el asentamiento del Hospital en el Convento de los Trinitarios.

Alonso de Bazán lo cogió de la mano y lo guío a la parte donde se ubicaba el hospital. Se organizaba en torno a dos patios. El primero se encontraba frente a la puerta principal, con una bella galería de arcos sobre unas columnas perfeccionadas con capiteles. El otro se situaba a la derecha del primero en un nivel superior. En su exterior se elevaba una torre mirador rematada por tres arcos con pequeñas rosetas en las roscas de los arcos y escudos en las enjutas.

A Ignacio le impactaba la perfección y singularidad de aquel lugar donde se diferenciaba una atractiva contradicción entre la torre realizada con sillares de piedra y el resto de la edificación de ladrillos. Aquella vista reavivó su doble ego. Confirmó su parentesco con aquel convento. Un horizonte tan diferente pero tan parecido en su totalidad. Se dio cuenta de que en el interior solamente se acataba el poder señorial al igual que la personalidad que le hacía tanto sufrir.

-Entiendo inacabadamente mi visita al Convento de los Trinitarios. Deduzco que es un lugar que refleja mi personalidad.

-¿Es feliz?

-Creo que sí

-¿Cree? ¿Se siente querido por su familia, sus amigos...?

-Pues ahora que me lo planteo, pienso que sí pero nunca se lo he pedido o he sentido alguna muestra de cariño.

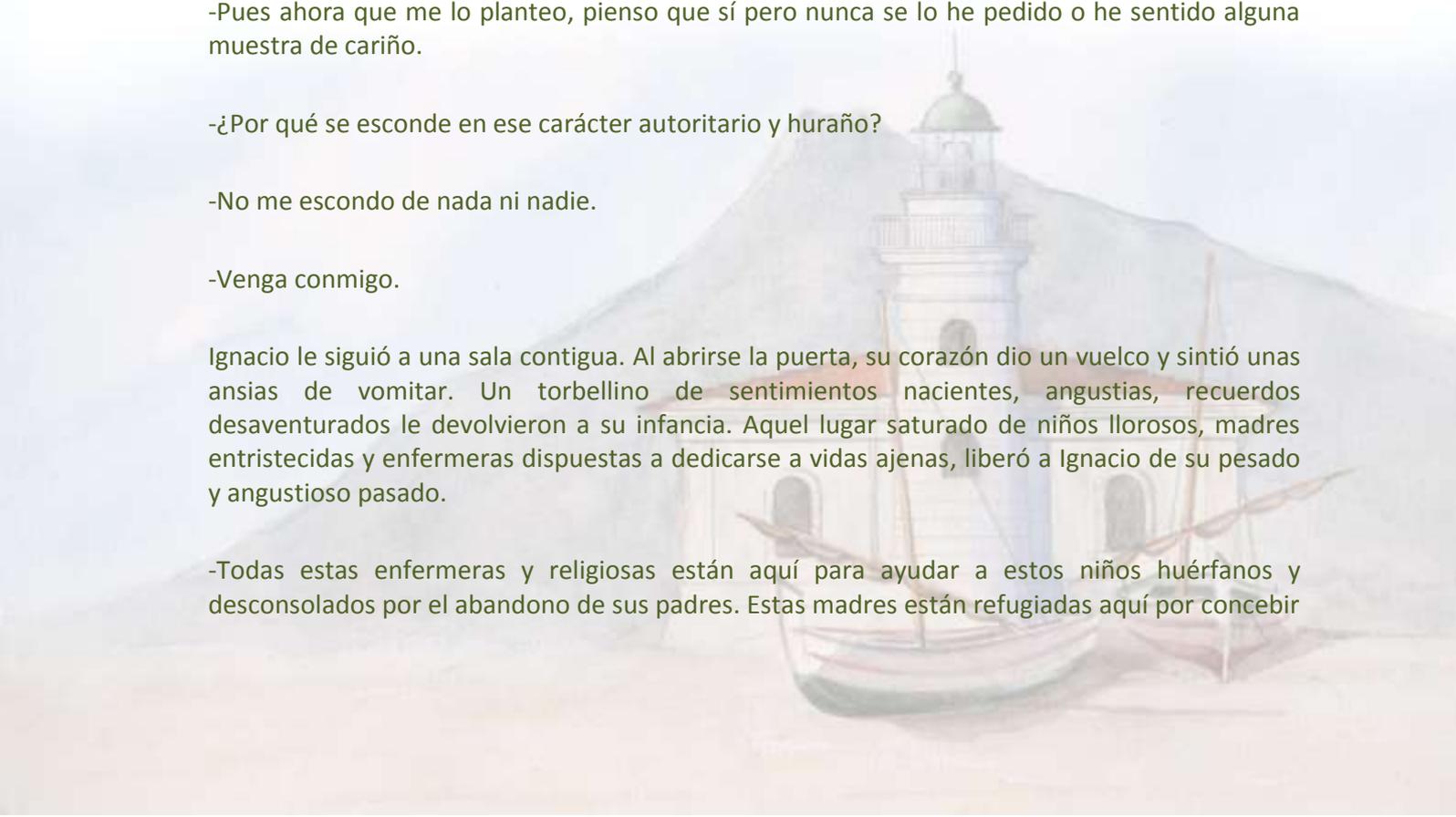
-¿Por qué se esconde en ese carácter autoritario y huraño?

-No me escondo de nada ni nadie.

-Venga conmigo.

Ignacio le siguió a una sala contigua. Al abrirse la puerta, su corazón dio un vuelco y sintió unas ansias de vomitar. Un torbellino de sentimientos nacientes, angustias, recuerdos desaventurados le devolvieron a su infancia. Aquel lugar saturado de niños llorosos, madres entristecidas y enfermeras dispuestas a dedicarse a vidas ajenas, liberó a Ignacio de su pesado y angustioso pasado.

-Todas estas enfermeras y religiosas están aquí para ayudar a estos niños huérfanos y desconsolados por el abandono de sus padres. Estas madres están refugiadas aquí por concebir



ilegalmente a un niño. Este hospital alberga la Casa de Maternidad y de Expósitos. Queremos salvar el honor de estas mujeres repudiadas y dar amor a estos niños.

-Yo fui abandonado y desamparado de mi familia.

-Lo sé. Por eso le hice venir. Quiero que vea que estos niños, al igual que usted, no han tenido una vida descuidada y carente de afectos. A usted le han querido y cuidado como a un hijo más, con una gran familia que le ha custodiado y dado afectos entrañables. Abandone la coraza que lleva puesta desde tantos años y déjese querer y comprender. Ahora le toca a usted ayudar a sus alumnos y darles el reconocimiento que se merecen y el cariño del que algunos carecen.

Sin darse cuenta, unas lágrimas cayeron por su cara y al llegar a su boca, esta esbozó una leve sonrisa de paz y tranquilidad.

Ignacio paseaba por la calle Viento de Marbella acompañado por la brisa marina y el sol acogedor de aquel mes de enero. Desde aquel encuentro se había metamorfoseado en un hombre armonioso, devoto de sus amigos y afectuoso con su familia adoptiva con la que reanudó una gran alianza.

Se paró, como todas las mañanas, delante de la fachada del antiguo hospital donde observaba con sus ojos llorosos el blasón en piedra que simbolizaba la Cruz de Malta, el emblema de los Trinitarios. Siguió su camino hasta llegar al colegio Monseñor Rodrigo Bocanegra. Se paró delante de la puerta para considerar las rejas, farolas y mayólicas tan típicas de Marbella que le conferían un encanto particular al lugar.

Ignacio había viajado en el tiempo pero no en el espacio. Existían tantas coexistencias entre los dos lugares, construidos en el mismo emplazamiento, aguardando las vidas pasadas y engendrando los futuros sentimientos de los marbelleros.

Sandra Gutiérrez Becerra

San Pedro Alcántara. Marbella (Málaga)

5ª Finalista y tercer premio del II Concurso de Relatos de Marbella Activa.

